

clararán principalmente su eficacia combativa». Un «servidor» cree que la dirección de la serie J. M. ha acertado plenamente en la reedición de «Servitud», creo además en la «eficacia combativa» de un trabajo centrado en el campo del periodismo escrito, cuyo interés público es evidente. Y pienso, en fin, que tal eficacia tiene la base suficiente de autenticidad como para que la novela llegue a ser de lectura obligada en las escuelas de periodismo o en la flamante Facultad de Ciencias de la Información. En su versión original o traducida, yo así lo recomendaría. (Para el rastreador de difíciles productos impresos puede indicarse que por la misma época de la edición catalana primera, aunque sin fecha, Editorial Cosmos publicó la versión castellana de «Servitud», realizada por Felipe Alaiz.) Pero he aquí el asunto del «pamphlet».

Andreu Rojals, protagonista de la novela, refiere a lo largo de una narración concisa y clara, su experiencia profesional como miembro de la redacción de un gran diario barcelonés titulado «La Llanterna». El proceso que vive el periodista neófito en el seno del gran rotativo barcelonés constituye un rosario de desencantos y tensiones, que culminan con el enfrentamiento directo entre su honestidad profesional y la avidez crematística, exacerbada, del propietario del periódico, Don Hilarió, que supedita los beneficios de su negocio publicitario-informativo a todos los derechos del lector y a las reivindicaciones laborales de los trabajadores del diario, que en un momento dado se ven representados por el protagonista. Este, al fin, será despedido de la casa bajo escolta policial.

Entre tanto, Andreu Rojals describe los caracteres serviles, adulatorios, rutinarios, trepadores, en el mejor de los casos, acomodaticios y resignados, que giran

en torno al todopoderoso dueño del diario o que van tirando de unos tingladiños zafios desde su oscura mesa de redacción. Pero el relato trasciende el ámbito doméstico de «La Llanterna». Como apunta Graells, la novela se convierte también «en un testimonio directo y contemporáneo de las luchas sociales planteadas en Barcelona en los años que giran en torno a la primera guerra mundial», de los conflictos que originarían las huelgas de 1917, y cuyos efectos palpables se apreciaban a menudo en este activo pulso urbano barcelonés que es la parte alta de las Ramblas, junto a plaza de Cataluña y calle Pelayo.

Los problemas de la calle se filtran, pues, en la fortaleza de «La Llanterna» —en la novela, periódico conservador— inscribiéndose la obra «en un proceso general de crítica de una sociedad y de descripción de una lucha».

A cuarenta y siete años vista, el tono peleon de la novela ha despertado sus efectos vigentes y ha transferido a la actualidad algunas claves poco gratas. Por lo visto, la tolerancia que se admite a los «juicios de la Historia» todavía no ha madurado en este pequeño «affaire». El cisco a que aludía al principio ha consistido en una especie de conspiración del silencio montada en torno a «Servitud», al tiempo que la persona responsable de la reedición parece estar notoria y esperemos que momentáneamente proscrita de un amplio sector de la prensa ciudadana.

Aconsejar que sobre los aspectos extraliterarios y extraeditoriales de esta cuestión se apliquen algunas dosis de sentido del humor, es muy fácil; de todos modos, esa podría ser una terapia previa al juicio correcto de la novela (como tal y como hecho editorial en sí). Lamentablemente, la estructura que Puig y Ferrater denunciaba en su «ficción autobiográfica» sigue siendo

fundamentalmente la misma: no creo que pueda escamotearse a «Servitud» una vigencia básica. De todos modos, otros hechos complican hoy el asunto.

Por un lado, las necesidades de vender el producto periodístico permiten, hasta cierto punto, que algunos Andreu Rojals se expresen regularmente en letras de molde, aunque su honesto laboreo se eclipse y reaparezca a imagen y semejanza del Guadiana. Por otra parte, aquel «subperiodismo» que delata la novela, aquel periodismo «infimo y tenebroso de los anónimos traductores de telegramas, de los redactores de gacetillas, de las "guardias" a horas fijas» (Graells), no es, en ciertos casos, el trabajo chocarrero y torpe que realizan los compañeros de Andreu Rojals. Aquí, y en cuantos diarios quisieran hoy parecerse a «La Llanterna», ese trabajo anónimo procura realizarse a veces con una intencionalidad que ha tenido consecuencias funestas para el probo redactor de mesa o para el director del periódico (la única figura de «La Llanterna», cuya dignidad queda a salvo en la narración de Puig y Ferrater). Quiere ello decir, que muchas «linternas» de esa hora confieren a la simple noticia un trato que no figura en la novela del autor de «Servitud», y que si el paisaje noticiero resultante tiende a ser un sucedáneo de la realidad, ello no es siempre imputable a Don Hilarió de turno, sino a personajes de más altas constelaciones.

La cuestión, como digo, se ha complicado, pero el valor testimonial del cuento, insisto, se mantiene hoy como en el año 26, y sería un pobre recurso pretender minimizarlo, esgrimiendo el despecho de Puig para con el periodismo, después de haber demostrado su gran talla de escritor en otras muchas esferas. «Servitud» es una lección dura, cruenta, de periodismo, que todos los profesio-

nales del ramo debieran conocer. Una lección que podría darse en otras instituciones profesionales y cuyas claves no merecen trascendentalizarse por la vía del drama ni anularse por el viejo método de la mordaza. Una lección, también, a la que de unos años a esta parte —desde mediados los sesenta— un sector de profesionales intenta aplicar los pertinentes antidotos. Dentro de lo posible, claro.

El lector de «Servitud» puede leer asimismo el libro de Jean Schwoebel, «La prensa, el poder y el dinero» (Doposa), y percatarse, por ejemplo, de cómo «Le Monde» (!) tuvo que hacer frente a todos los hilarios que le acosaban. Si, ya sé: eso no es Francia. Pero por eso «La Llanterna» no nos resulta extraña. Por eso el rechazo de las servidumbres es más duro y el «status» de la criada responde más incierto. Por eso «Servitud» sigue siendo un relato válido y, para los profesionales de la información, el espejo ligeramente amarillado por el tiempo que nos reproduce una imagen dolorosamente muy poco original. Una imagen que en Barcelona, además, ha resultado ser en especial irritante. ■ JOANANTON BENACH.

## Libros sobre información

De unos dos o tres años a esta parte han aparecido en el mercado español muchos libros sobre Información o Comunicación de Masas. Y pongo la disyuntiva con una cierta prevención, porque todavía nadie se ha puesto de acuerdo en los matices conceptuales que separan términos como Información, Mass Media, Medios de Comunicación Social, Medios de Comunicación de Masas. Incluso a veces términos como Periodismo disputan una parcela de signifi-

cación a estos conceptos más amplios.

España ha pasado de contar con un solo publicista sobre el tema, Juan Beneyto, a tener el escaparate lleno de libros autóctonos y traducidos. En 1963 apareció la primera edición de **Informe sobre la Información**, libro que ha conseguido tan buena acogida entre el estudiantado como desconocimiento o desdén por parte de los publicistas, algunos de los cuales no lo han incorporado a sus citas bibliográficas hasta la aparición de la segunda edición en 1971. Por entonces, cuando el mercado experimenta una activación tremenda en torno a estos temas. Editorial Doposa desde entonces ha insistido repetidas veces en el tema: **Información y Comunicación en la sociedad actual**, de Marino Yerro Belmonte; **La Prensa, el Poder y el Dinero**, de Jean Schwoebel; **Ideología y análisis de Medios de Comunicación**, de José María Casasús; **La intervención del Estado en la Prensa**, de César Molinero; **El oficio de periodista**, de Manuel Vigil Vázquez, y ahora el ya famoso a nivel europeo, **El poder de informar**, de Jean Louis Servan Schreiber, el auténtico «editor» de la familia «reformadora». La aparición de esta novedad coincide en el escaparate nada menos que con **El control de la prensa en España**, de Manuel Fernández Areal, editado por Guadiana; **La Información en una sociedad industrial**, de Martínez Albertos, editado por Tecnos, y **Autocontrol de la Actividad Informativa**, de José María Desantes, editado por Cuadernos para el Diálogo. No hay que olvidar los títulos de Piedrahita (centrado sobre todo en los problemas técnicos profesionales), José Tarín Iglesias, Carlos González de Seara, Gómez Aparicio, Altabella, Concepción de Castro Soria, Xifra Heras o el valioso informe **De la Libertad de Prensa**, de Castro

Fariñas, aunque por razones de rigurosa actualidad editorial e incluso de significación temática, voy a centrarme en las obras de Fernández Areal, Martínez Albertos, Desantes y Servan Schreiber.

Fernández Areal se ha aplicado varias veces al estudio de la norma jurídica sobre la prensa. Suele estudiar los procesos paralelos historia-legislación-prensa que culminan en la crisis de la guerra civil. En casi todos los trabajos anteriores del ex director de «Mundo» se remonta este río para llegar al meollo del asunto: las relaciones de la libertad de información con el sistema político-ideológico del Nuevo Estado español, consecuencia de la guerra. **El control de la prensa en España** es un excelente estudio orientativo de esa relación, aunque el autor haya brindado en bandeja a Emilio Romero la crítica que recientemente le hiciera en un coloquio madrileño. La historia del control de la prensa en la última España no es sólo la historia de la relación entre el poder político y los medios, ni siquiera la peripécia concreta de la Ley Fraga y los respetos y desacatos posteriores. Hay un control estructural derivado de la propiedad privada de los medios de producción y el papel de las empresas es tan controlante como el del poder. Sería interesante un estudio de la relación entre empresas y poder político, entre empresas y grupos de presión económica para poder brindar un cuadro total del control de la prensa en España. A partir del estudio de Fernández Areal, se tiene una visión superestructural de la cuestión y no se percibe la, en mi opinión, cuestión de fondo: el sistema controlador fundamental de un régimen empresarial que se reparten el poder político y el capital, sin dejar sitio para una prensa de entidades políticas o para una prensa realmente concebida

# ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

como «servicio público» y no como favor que se autoconceden el poder político o el poder económico o los dos juntos y en unión.

Martínez Albertos aborda un discurso teórico sobre el papel de la información en la sociedad industrial. Hay algunas coincidencias de *partit pris* entre Martínez Albertos y Fernández Areal. Ambos pueden cobijarse en torno al grupo de «pensadores sobre información» de la Universidad de Navarra, que han utilizado «Nuestro Tiempo» como revista de divulgación de estos temas, en unión de Antonio Fontán, José María Desantes, Ángel Benito. También ex director de «Mundo», Martínez Albertos tiene serios, e incluso arriesgados, conocimientos sobre la práctica y la teoría del oficio. Su trabajo es algo así como una fenomenología de la información, en la que trata de abordar todos los aspectos de eficacia tecnológica, garantía ética y progresión política de la comunicación de masas. El libro es una apología directa de la función de la información, frente al culturalismo negador y al comercialismo instrumentalizador y también de la independencia y responsabilidad del informante como intermediario entre los hechos y el público. Los estudios de Martínez Albertos y Fernández Areal coinciden en tesis neoliberales, que quieren dar a la información un papel al margen de cualquier tipo de manipulación. Martínez Albertos apunta la necesidad de una norma que garantice esta independencia, y no se aventura a señalar quién va a dar esta norma, para qué ha de darla o por qué ha de darla. El poder político trata en todas partes de recortarla. El poder económico estrangula por todos los medios la libertad de información en la sociedad industrial, posindustrial, ribereña, cábilena, europea, primaveral, oto-

ñal o invernal. ¿Qué fuerza puede reclamar hoy ese indudable papel concienzado, progresivo de la información? Cabría la respuesta más lógica: los profesionales, si no estuviéramos hablando de uno de los mercados de trabajo más dramáticos y celosamente delimitados. Una crítica a hacer, al por otra parte oportuno y revelador libro de Martínez Albertos, es la falta de auténtica concepción política de un estudio que precisamente se aplica a material político de primera clase: la información. Los medios de comunicación de masas son ametralladoras de palabras e imágenes guardadas en polvorines bajo siete llaves y no bastaría una conciencia ética ni siquiera mayoritaria para sacarlos de allí.

El libro de José María Desantes apunta al centro del escenario donde se desarrolla el drama informativo actual: por una parte, «opulencia comunicacional», como diría Abraham Moles, y por otra parte, controles y más controles sobre medios y personas. Desantes plantea la necesidad de oponer el autocontrol al control, porque el autocontrol es expresión de «participación sin mistificaciones» y haría de la información un servicio al público, al margen de las veleidades y oportunismos de los poderes que hoy día tratan de controlarla. El estudio tiene el valor de ofrecer una gran información sobre el estado actual universal de la reflexión sobre el «derecho a la información» y los «derechos de la información». Todo sistema de autocontrol descansa en la aceptación de unas normas, y lo importante, según Desantes, es que esas normas se apliquen realmente a respetar y propiciar la función informativa. Una vez delimitada la justeza y justicia de esas normas, la misión del informador es comportarse sin ab-

dicar de los Diez Mandamientos, pero sin apartarse de ello. Frente a la cerrada y tremendamente coherente lógica de Desantes sólo cabe remontarse un tanto a Adán y Eva y preguntar por el origen y finalidad del Derecho. La norma es resultado de un consensus que siempre está en condiciones de canalizar quien controle el poder. En estas condiciones, la norma puede convertirse más en factor de parálisis que de cambio. Las más progresivas son las que legitiman un cambio surgido precisamente a despecho de las normas anteriores. ¿Puede una sociedad capitalista, por más abierta que sea, codificar una información que tenga el privilegio de aniquilarla? Claro que puede y ahí está el sistema legal de la prensa norteamericana. Pero también ahí está el control estructural que asfixia en la práctica cualquier funcionalidad independiente y operativa de la información o ahí está la organización de la vida y la cultura, como elementos restrictivos ya de raíz cerrada reacción a la concienciación superficial de la información.

En cuanto al libro de Servan Schreiber, es inexplicable si no dejamos un tanto la mentalidad de lectores ribereños del Mediterráneo y captamos que el «editor» francés se mueve entre Nueva York y París como un «manager» a nivel europeo. Si al hablar del libro de Martínez Albertos he empleado la expresión fenomenología de la información, ahora podía repetirla, pero los fenómenos que Martínez Albertos captaba desde el eticismo y la reflexión teórica sobre el papel de la información, Servan Schreiber los capta desde el pragmatismo de un editor más preocupado por el papel modificador del nuevo utillaje o de las nuevas tarifas de transmisión de

mensajes, que por «apriorismos» morales o políticos. El libro de Servan Schreiber merece ser leído por todo aspirante a director de la France Press, del proyecto Intelstat o de la UNESCO. El conocimiento y cantidad de hechos y datos en función del poder de informar recuerda el viejo error de coger los rábanos por las hojas. Uno termina la lectura con la retina llena de información interesante, pero sin saber quién tiene realmente el poder de informar. Exactamente igual que ocurre cuando uno se enfrenta a las tesis de los «reformadores» del hermano del autor de este libro. Uno se queda entonces sin saber quién puede reformar. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

## CINE

### Las dos inglesas y Truffaut

La filmografía de Truffaut es un continuo acercamiento a la problemática de la pareja, a las relaciones amorosas, a la fidelidad. Adezando con referencias al propio cine (en un juego de homenajes privados) y con una postura sentimental ternurista (no crítica), este acercamiento, que en muchas ocasiones no ha sido más que explosión de vivencias propias, ha tenido mayor o menor fortuna, según la brillantez de la anécdota narrada. El planteamiento de Truffaut ha sido generalmente el de exponer con simpatía las vicisitudes de un personaje que fracasa; nunca, que ahora recuerde, el de tratar de entender el porqué de ese fracaso.

La espontaneidad, la sinceridad, la ternura, han sido las armas de



Fotograma que no veremos en la versión española.

Truffaut para acercar su cine a la realidad. Su trabajo ha sido —y es— el de un hombre sensible que cuenta una historia donde la anécdota sólo evoluciona en función de las vivencias internas de los personajes. En este sentido, «Las dos inglesas y el amor» («Deux anglaises et le continent», 1962) es un claro ejemplo. Las relaciones a tres, planteadas en la película —que de alguna manera conecta con uno de los títulos básicos de Truffaut, «Jules et Jim»,—, no tienen más interés que el de ofrecer la amplia gama de posibilidades en una relación amorosa. «Las dos inglesas y el amor» son tres elementos a combinar, de manera que su «historia» sea un mosaico del sexo y el sentimiento, mosaico que tendrá como común denominador el fracaso final. Amarse es, en términos de Truffaut, una lucha apocalíptica contra el entorno, contra las limitaciones que ese entorno ofrece, contra la represión de una época, de una ciudad, de una educación... «La sirena del Mississippi», obra clave en esta poética, ofrecía como única escapatoria a la castración ambiental el extremismo del «amor fou», su superioridad frenética —entendida en términos míticos e irrazonables— sobre cualquier otro elemento humano.

«Las dos inglesas y el amor» es también una historia de «amor fou». Pero no en el sentido puro del término. E igualmente es la historia de una castración,

aunque tampoco en su sentido tradicional. El hombre y las dos mujeres de esta película se aman y se separan, eliminándose mutuamente y revitalizándose en su relación de una manera intermitente, coaccionada, en busca de una libertad que para ellos sólo existiría en el compromiso.

Quizá no sean estas las conclusiones del propio Truffaut. Quizá la línea temática de «Las dos inglesas y el amor» sea otra distinta a la que aquí comento. Creo, sin embargo, que conectada esta película con la problemática general truffautiana, se añade aquí una nueva desesperanza, un nuevo paso en la desilusión de quien alimenta literariamente el mito del amor.

Y sugiero esta duda en la comprensión de la película por cuanto la versión que se nos ofrece en España es notablemente más breve que la original. El pudor de nuestros censores ha eliminado escenas que completaban fundamentalmente el «discurso» de Truffaut: la retrospectiva en la que las dos hermanas, siendo niñas, insinúan una relación lesbica (escena que, a juicio de los que han conseguido verla, es definitiva para la comprensión del personaje de Muriel) o la primera relación sexual de ésta con Claude, cuyo expresivo final justificaba la reacción posterior de los personajes. Si a estas eliminaciones se añade el absurdo doblaje de que ha sido víctima la película en España (do-